

Venía el matarife, y entonces los señores, los dueños y los vecinos le ayudaban. Al marrano le ponían una soga. Le echaban en una mesa y entonces le hincaban un cuchillo, salía la sangre. El matarife le hincaba el cuchillo y la dueña de la casa o una de las criadas le iba dando vueltas a la sangre, vueltas a la sangre, vueltas a la sangre hasta que el marrano estaba muerto. Esa sangre se quitaba ya y esa señora se marchaba, y entonces los hombres le echaban... había un recipiente muy grande con agua hirviendo, con unos calderos se le echaba al marrano y ellos lo iban pelando, con unas cucharas que tenían como las puntas afiladas. Y así que le habían quitado todos esos pelos y todas esas cosas lo lavaban. Y, entonces, había unas cosas de madera que se llamaban camales, y cogían al marrano por detrás, le habrían las piernas y entonces lo colgaban en un techo alto. Una vez colgado el marrano, dos de los que le habían ayudado a matar estaban al lado y el matarife lo partía por el medio, estos dos lo abrían y entonces otro señor estaba con un garbillo redondo, con un recipiente y echaba las tripas. Esas tripas las ponía en una mesa y ya estaban las señoras limpiándolas para, como las tripas están todas unidas las separaban, y, entonces, una vez que estaban separadas estas señoras se iban al río a lavarlas y hacerlas trozos para eso. Y los señores que quedaban dejaban el marrano abierto, le quitaban la asadura y la dejaban, y aquello se tenía que helar aquella noche.

Y a otro día con la cebolla, la sangre y las mantecas que le quitaban al marrano, con una máquina se iba deshaciendo eso y luego se envolvía en un recipiente grande. Se ponía otra vez en la chimenea y se le daba vueltas con una pala y cuando aquello estaba ya negro, que había tomado, le habían puesto especias de todas clases, su sal y se probaba y si estaba aquello apunto se apartaba. Entonces, una señora se ponía en la máquina con una fuente y las tripas al lado, y la otra le iba empujando, era un atacador que le decían, lo ponía así y entonces iba llenando las tripas. Y esas tripas se iban poniendo en una mesa cuadrada grande y tres o cuatro señores entonces las iban atando, haciéndolas pequeñitas, pequeñitas y poniéndolas en un lebrillo. Una vez que estaban ya las enjuagaban y las colgaban, y ya pues aquella noche ya se cenaba y eso. Al otro día se deshacía el marrano, los lomos los adobaban y los partían en un lebrillo para luego freírlos, lo que es las costillas en otro, los jamones los dejaban para salarlos y colgarlos y las paletillas. Y el resto que quedaba lo deshacían, lo que era más magros se hacía salchichón, lo que era menos magros los chorizos, y lo que tenía un poquito de más grasa la butifarra. Todo eso se condimentaba con sus especias, y entonces una vez que aquello estaba, los chorizos no se necesitaba colgarlos, pero lo que se hacía con la carne de la cabeza y la asadura, el estómago que tiene el cerdo se llenaba y unas tripas que tiene gordas, entonces se condimentaba aquello muy bien con su carne, con sus especias. Y, entonces, aquello se cocía en un recipiente grande y se gastaba tres horas para que aquello, cuando se le ponía así las uñas y tenía el pellejo se sacara. Entonces se ponía aquella noche en un tablero y se le ponía peso, otro tablero encima y unas cosas que pesaran. Y otro día, cuando eso estaba ya escurrido, pues entonces le ataban los cordeles y lo colgaban.

Entonces, el primer día de esa matanza se hacían migas. A otro día la típica olla, que era: garbanzos, habichuelas, patatas, huesos del cocido, el corazón y una mandíbula, y entonces se hacía la típica olla que comía eso. Después de la olla, en las casas que eran más pudientes pues la asadura hacía un guiso con una salsa de almendra muy buena. Y de postre eran las granadas deshechas, con la col deshecha también finilla cortada, se le ponía sal, aceite y vinagre, y entonces ese era el postre. Una vez que ya la gente joven habíamos comido, a la olla se acompañaba con unos pimientos picantes y aceitunas, y entonces, una vez que terminabas de comer pues los más jóvenes cuando quedaba el caldo aquel nos lo echábamos con las cucharas, nos poníamos chorreando.